

del mundo, se movieron para sostener á las armadas venecianas en su maravillosa y arriesgadísima empresa. Cubiertos los mares, que conducen al Asia Menor, de barcos guerreros, no hubo ni un esquiife siquiera para los pobres peregrinos. Aquel espíritu de autoridad arriba y obediencia servil abajo; aquel espíritu de sumision disciplinado y cuasi mecánico tan conveniente al Asia, quizás en sus territorios útil y saludable, retrocedió para hacer del Occidente libre y civilizado una especie de Oriente inmóvil y fatalista, sin aspiracion á la libertad y sin esperanza de progreso. Los apologistas de la órden observan á una que desde los comienzos del siglo décimosexto hasta su año setenta, es decir, desde la primer anualidad de tal centuria hasta mucho mas tarde, solo en aquella del treinta y siete, destinada en los recuerdos celestiales á la fundacion de su órden y comunidad, no faltó embarque para Tierra Santa en Italia. «Y era, dice, que la divina Providencia, cuya virtud con infinita sabiduría rige y gobierna todas las cosas creadas, iba enderezando los pasos de los peregrinos para servirse de ellos en cosas mas altas de lo que ellos entendian y pensaban.»

Retrocedieron, pues, y se concentraron por fuerza en otro pensamiento. Aunque ordenados ya de clérigos, no quisieron decir misa, y pasaron todo un año en prepararse y apercibirse á celebrar con dignidad y merecimientos el sacratísimo sacrificio. Conociendo que para la difusion de sus ideas y cumplimiento de su apostolado habian menester distribuirse con reflexion y cálculo entre las ciudades italianas, Ignacio, Fabre y Lainez se fueron á Vicencio, Francisco Javier y Salmeron á Monte Celso, Juan Codury y Hoces á Trevisa, Claudio Yayo y Simon Rodriguez á Basano, Pascasio y Bobadilla á Verona, ciudades todas pertenecientes á Venecia, en cuyo Estado se quedaban para ocurrir á la posible y deseada eventualidad de un embarque. Metióse Ignacio con sus dos compañeros en una ruिनosa ermita, desamparada de los hombres y medio derruida por el tiempo, sin puertas y sin ventanas, á merced completamente de las inclemencias del aire y de las lluvias del cielo; con pobre lecho de pajas amontonado como amontonan las aves el material para sus nidos; sin sustento, no alcanzando la limosna, pedida diariamente, para nada, por tan menguada y escasa, que no tenian sino mendrugos mohosos y durísimos en agua caliente ablandados y cocidos; pues cuando alguna vez allegaban un dedo de aceite y un poco de manteca teníanlo por singularísimo

regalo y lo celebraban como producto extraño de un verdadero milagro. Después de todas estas penitencias, cuya dureza habia obrado de tal suerte sobre la salud de Ignacio que estaba como ciego, iban á predicar de calle en calle y de plaza en plaza, cumpliendo así uno de los cánones de su ordenanza y ejercitándose con amor y entusiasmo en el ministerio que les vedara la recelosa inquisicion de nuestra España. Y ya puede idearse quien estas líneas leyere, el efecto producido en los cultos pueblos italianos por la increíble aparicion de aquellos hombres vestidos con sus raidas sotanas, que los llamaban en torno suyo á voces ó por señas hechas con sus bonetes y que les decian cosas extrañas con ademanes exaltados, en una especie de lengua confusa, compuesta por vocablos latinos, franceses, italianos y españoles, cuya combinacion incomprensible, aumentando la novedad y extrañeza del discurso, aumentaban la confusion, pero tambien el interés y la curiosidad del auditorio.

A tantas privaciones y á tanto trabajo, debian seguirse, como consecuencia obligada, gravísimas enfermedades. Ignacio, de llorar á la continua sus pecados y de leer á deshora sus libros, habia ido poco á poco debilitando y cuasi perdiendo la vista. Lainez, de hallarse al sereno en la desamparada ermita, yermo y triste retiro, habia contraido tambien una mala disposicion. Encontrábase á punto de morir el padre Simon, allá en Basano; y todos, quién mas, quién menos, padecian de las fiebres tercianas y cuartanas, terrible azote de los felices campos y bienhadados climas del edénico huerto que forman las campiñas de Italia. En Basano, donde habia ido Ignacio al socorro de Rodriguez, muy enfermo, como hemos dicho, sucedióle un caso grave. Habia en cierta cueva de las orillas del Brenta un solitario, de cortas luces, pero segun el sentir general, de sumas virtudes. Metido en penitencias y en ayunos, pasaba entre las gentes del pueblo, como un anacoreta digno de igualarse con aquellos Antonios y Pacomios, cuyos nombres ilustraran los anales y los sitios de la triste y áspera Tebaida. Fuéronle á visitar á su ermita, en deliciosa posicion alzada, el padre Ignacio y uno de sus primeros discípulos. Mas, ni el asceta italiano estimó en gran aprecio al asceta español, ni el asceta español, por su parte, al asceta italiano. De sus sendos juicios y de sus respectivos sentimientos se deduce que no llegaron á comprenderse ni

apreciarse uno á otro mutuamente. Al místico español, tan dado á la accion, debió parecerle estéril aquella quietud del eremita italiano; y al eremita italiano debió parecerle mundana y terrenal aquella inquietud del místico español. Pero no así al discípulo de Ignacio, quien se fué camino de la ermita, y se propuso imitar y seguir la regla del solitario tan despreciado por su entusiasta padre Ignacio. Mas en el camino, por obra sin duda de los recelos y remordimientos y escrúpulos que asaltan á todo espíritu, aun el mas animoso, cuando cambia de vida ó contraría su vocacion, hallóse una especie de hombre armado, figura sobrenatural fantaseada indudablemente por su imaginacion en delirio, quien le hizo caer en el suelo desmayado, y al volver de su desmayo, irse y caerse en los brazos de Ignacio, para pedirle perdon por misericordia, y además asilo bajo el desvencijado techo de su mísera posada.

La predicacion de Ignacio en Vicencio dió, al fin y al cabo, tales frutos que allí, donde al principio tres cofrades no encontraban apenas pan y agua, y tenian necesidad de salir á las aldeas vecinas en demanda de limosna para sustentarse mejor, reunidos luego, los once apóstoles, alcanzaron lo necesario con increíble abundancia. En esta entrevista, notificáronse mutuamente que todos habian cantado ya misa, menos Loyola, quien aun andaba muy atormentado por sus escrúpulos y receloso de sus méritos. Penetrádos ya por la dolorosa experiencia de la necesidad en que estaban, de renunciar al viaje á Jerusalem, resolvieron esparcirse por las universidades italianas, no solo en busca de ciencia é ilustracion para ellos, sino en busca tambien de adeptos para sus doctrinas y de discípulos para su formidable Compañía. Las cinco mas famosas universidades en Italia entonces, eran: Padua, Bolonia, Siena, Ferrara y Roma. El deseo de influir en la juventud, influyendo en lo porvenir por consecuencia, llevábalos allí donde tomaban, como en todas partes, esa organizacion fortísima que tanto asemeja la órden de Jesus á un ejército y los conventos á cuarteles. Para que nadie se sobrepusiese, habíanse dividido en parejas y cada dos tenian mutuamente cargo el uno del otro semanalmente, de manera que quien mandaba en esta semana, obedecia en la semana venidera. Pedian limosna de puerta en puerta por las ciudades literarias, y predicaban por las encrucijadas y plazas públicas, improvisando púlpitos con el primer escaño y con el primer asiento que hallaban al paso, y

en el cual se ponian de pié sin atender á otra cosa que á su oficio y á los deberes propios del oficio. No dejaron de pasarles algunas desventuras, pues los dos hermanos idos á Padua, ó por culpas propias ó por envidias ajenas, cayeron en la cárcel presos por el vicario de la diócesis, el cual, como los prendió cuando le plugo, tambien, cuando le plugo, los echó á la calle.

En todas estas cosas, y mientras todos estos acontecimientos sucedian, preparábase Ignacio á la obra de fundar su comunidad y extenderla por el mundo. Sacerdote ya, no dijo misa, forzado por sus escrúpulos y cavilosidades, hasta un año despues de recibido el sacerdocio. La Noche Buena de 1538, bajo los artesonados áureos y espléndidos y asombrosos de Santa María la Mayor, en aquella Basílica que aun conserva el trazado propio de las antiguas audiencias romanas, ante aquel milagroso altar donde la tradicion cree que se conserva el tosco pesebre, cuna de Cristo, cantó misa á los cuarenta y siete años, el fundador de los jesuitas. Menos embargado en Italia por los estudios universitarios que en Paris, volvió con empeño á los ejercicios espirituales, y en los ejercicios espirituales volvió á la meditacion profundísima, y en la meditacion profundísima volvió á las visiones magnéticas y extáticas que daban forma y relieve á los hechos de la conciencia y á los sueños de la fantasía.

En uno de tamaños trasportes encontró el nombre propio para su asociacion religiosa, nombre que todavía hoy dura y cuyo recuerdo quedará indeleble, por siglos de siglos, en la humana historia. Iba camino de Roma, y entraba ya en su solemne y majestuosa campiña. Los horizontes inmensos de aquel cielo, que tantas ideas ha recibido; las largas líneas de aquellos campos, donde se hallan esparcidas y diseminadas tantas milagrosas ruinas; la vista de los sublimes monumentos parecidos á sepulcros de dioses; las cenizas de tantas generaciones como creéis ver en los giros del aire y las sombras de tantas ideas como creéis descubrir en las cimas de los amontonados escombros, infunden al ánimo menos exaltado y á la fantasía menos ardiente, la vision material de cíclicos poemas realizados en resaltantes relieves. Allí, en templo completamente desierto y á distancia de la ciudad cuyas moles á lo léjos se divisaban y descubrian, entre los esmaltes del horizonte, oró Ignacio, empleando una de esas grandiosas concentraciones místicas, en las cuales hubierais dicho que se reunia y condensaba todo su elevado espí-